

Lee en silencio el siguiente cuento:

Justina

Jorge Díaz

Llamarse Justina es un castigo eterno, pensaba Justina. Claro que existía la posibilidad de que la llamaran Tina, pero eso le gustaba todavía menos.

Hubo momentos en los que Justina pensó rebelarse y poner una querrela criminal contra sus padres o quemar su certificado de nacimiento. La abuela de la cual heredó el nombre vivía en el campo, en un pueblo de la cordillera de Temuco. A veces se referían a ella como una campesina **supersticiosa**, lo que para Justina significaba ser una bruja.

Llamarse Justina y tener una abuela bruja del mismo nombre eran demasiadas tragedias para una niña. Lo importante era que sus amigas jamás se enteraran de la existencia de la abuela campesina.

Llegó el verano y con él las vacaciones, la playa, los paseos. Pero ese verano todo iba a resultar diferente. La mamá anunció durante el almuerzo:

—Este año iremos a veranear al campo.

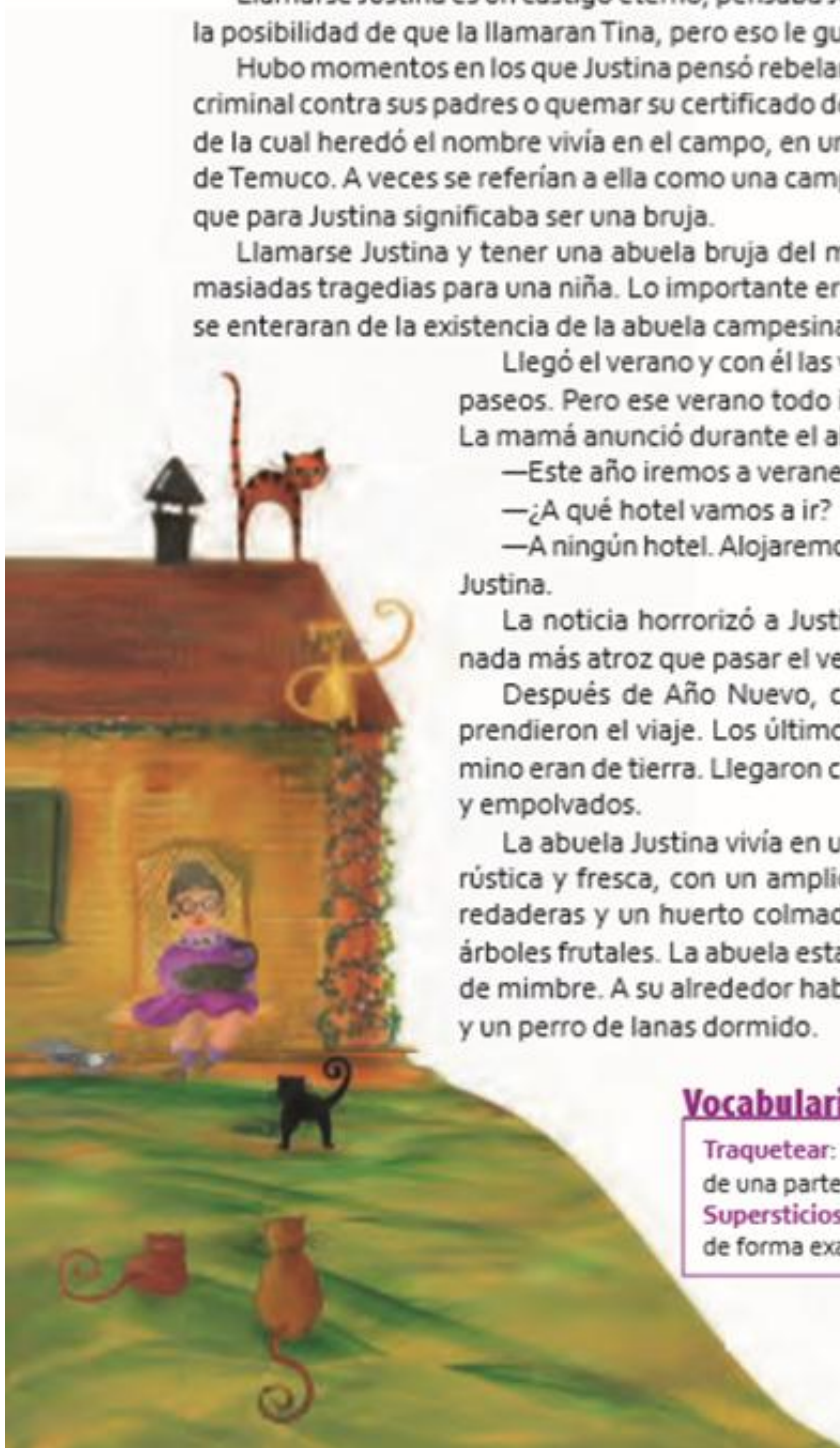
—¿A qué hotel vamos a ir?

—A ningún hotel. Alojaremos en la casa de la abuela Justina.

La noticia horrorizó a Justina. No podía imaginar nada más atroz que pasar el verano con la abuela.

Después de Año Nuevo, cargaron el auto y emprendieron el viaje. Los últimos 30 kilómetros del camino eran de tierra. Llegaron cansados, **traqueteados** y empolvados.

La abuela Justina vivía en una vieja casa de adobe, rústica y fresca, con un amplio corredor lleno de enredaderas y un huerto colmado de flores, arbustos y árboles frutales. La abuela estaba sentada en un sillón de mimbre. A su alrededor había seis gatos perezosos y un perro de lanas dormido.



Vocabulario

Traquetear: mover o agitar algo de una parte a otra.

Supersticiosa: persona que cree de forma exagerada en algo.

A Justina no le gustó nada lo que veía a su alrededor. Lo que más la desconcertó fue su abuela. Esperaba encontrar a una campesina supersticiosa y siniestra, pero no a una anciana menuda, frágil y extremadamente dulce.

En los días siguientes, Justina fue descubriendo otras cosas de su abuela, además de la dulzura. Cocinaba como los ángeles, por ejemplo. Siempre tenía postres caseros deliciosos, y para la hora del té horneaba panecillos de huevo y **hojaldres** con azúcar flor.

Después de la siesta, la abuela Justina y su nieta salieron de la casa. La anciana caminaba despacio, con pasitos cortos, pero firmes. Entraron en el bosque por un sendero casi cubierto de helechos. Anduvieron mucho.

—¿Estás cansada?

—No, abuela.

Así llegaron a un claro del bosque, una especie de pared rocosa muy alta, de la que caía una cascada impresionante.

—En verano, cuando yo era niña como tú, me escapaba y me bañaba debajo de la cascada. Así fue como descubrí un túnel detrás de ella. Atraviesa la pared rocosa y sale al valle. ¿Quieres que lo crucemos?

—¿Nos vamos a mojar?

—¿Y eso te importa mucho?

—No, nada.

—Vamos, entonces.

La abuela y su nieta pasaron por debajo de la cascada. Detrás de ella se abría el túnel y al final, la débil luz que señalaba la salida al valle. Cuando llegaron allí, se sentaron en una roca. Justina estaba **deslumbrada** por la belleza secreta del lugar.

Vocabulario

Hojaldre: masa de harina con manteca que, al cocerse en el horno, forma muchas hojas delgadas superpuestas.

Deslumbrar: dejar a alguien admirado.



—Vamos, ya nos hemos secado —dijo la abuela.

Para volver daremos un rodeo. Es un sendero de cabras salvajes.

El rodeo era por un sitio **escarpado**. Llegaron a la casa al anochecer.

—¿Dónde se habían metido? Las anduve buscando toda la tarde. Tu papá se cayó y tiene la pierna muy mal; está muy hinchada y amoratada. Le resulta imposible caminar.

—Le prepararé un emplasto de hierbas. Mientras tanto que se quede quieto —dijo la abuela y tomó de la mano a su nieta y la llevó al fondo del huerto.

—Las plantas nos quieren, las plantas curan. Recoge esas dos hojas de nalca. Vamos a cortar hojas de chilca, cardo negro, cabello de ángel, granadilla, ortiga. Luego haremos una especie de "humita" con las hierbas machacadas y la pondremos a cocer. Se **orea** un poco y cuando aún esté tibiecita se la pondremos a tu papá en la pierna durante tres días —dijo la abuela.

En realidad, no fue necesario esperar tanto. Al segundo día, la hinchazón había desaparecido y el papá caminaba normalmente.

—¿Y cómo lo hiciste, abuela?

—Yo no lo hice, lo hicieron las plantas.

Durante el resto del verano Justina aprendió el nombre de cada planta y de cada flor curativa. Al terminar las vacaciones, la niña estaba muy orgullosa de llamarse Justina, como su abuela.

—Al despedirme de ella —dijo Justina a su mamá— me dio una ramita de canelo. Me dijo que la pusiera en la pared, junto a mi cama, y que al mirarla me acordaría de ella.

Han pasado los años y todavía la ramita de canelo está sobre la cama de Justina, protegiéndola y avivando el recuerdo de un maravilloso verano en el que descubrió la magia sanadora de las personas buenas.

Díaz, J. (2012). Justina. En *Contar con los dedos* (pp. 73-83). (12ª ed). Santiago de Chile: Zig-Zag.

Vocabulario

Escarpado: que no tiene subida ni bajada transitable o la tiene muy áspera y peligrosa.

Orear: refrescar algo al viento.

